

DISCURSO
PRONUNCIADO
POR EL SR. PREFECTO DE TLAPA,
DON FRANCISCO
VILLANUEVA,
EN LA CIUDAD DE TEPEACA,
EL DIA 9 DE ABRIL DE 1849
EN CELEBRIDAD DEL ANIVERSARIO DE LA
PRIMERA BATALLA DADA EN SUS
INMEDIACIONES POR EL EJERCITO
TRIGARANTE EL AÑO DE 1821

PUEBLA 1849

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

CONSUMACION DE LA
INDEPENDENCIA



DISCURSO

pronunciado

POR EL SR. PREFECTO DE TLAPA,

DON FRANCISCO VILLANUEVA,

EN LA CIUDAD

DE TEPEACA,

EL DIA 9 DE ABRIL DE 1849,

En celebrad del aniversario de la primera batalla dada en sus inmediaciones por el Ejército Trigarante el año de 1821, y en el acto de colocarse las armas nacionales por los Ilustres Ayuntamientos de Tecamachalco y Acatzingo sobre el antiguo monumento que existe en la plaza, levantado por el conquistador Fernando Cortés en 1521.



PUEBLA:

IMPRENTA DE JOSÉ M. MACIAS.
calle de Micieses número 2.

1849.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL SR. PREFECTO DE TLAPA,

D. FRANCISCO VILLANUEVA,

EN LA CIUDAD DE TEPICACA,

EL DIA 9 DE ABRIL DE 1849.

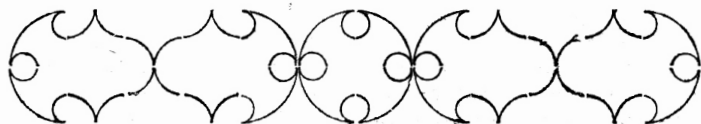
En celebridad del aniversario de la primera batalla dada en sus inmediaciones por el Ejército Trigarante el año de 1821, y en el acto de colocarse las armas nacionales por los Ilustres Ayuntamientos de Tecamachalco y Acatzingo sobre el antiguo monumento que ecsiste en la plaza, levantado por el conquistador Fernando Cortés en 1520.



PUEBLA:

—
IMPRENTA DE JOSÉ MARÍA MACIAS
calle de Micieses núm. 2.

—
1849.



Señores

SI es permitido á un pueblo desgraciado en medio de los males que lo cercan remontar sus recuerdos á la época gloriosa del caudillo de Iguala, referir sus triunfos y suspender su duelo para entregarse por algunos instantes al regocijo que produce la relacion sencilla de hechos dignos del génio que caracterizara á nuestros héroes y el fin glorioso de su empresa, nadie podrá dudar que nuestro júbilo tiene un principio noble.

El cúmulo de penas que hoy sufrimos, no nos ha de quitar hasta el derecho de recordar las glorias de la patria y la conducta heroica, con que sus dignos hijos, rompiendo sus cadenas, la elevaron al poder soberano. ¿En qué si nó apoyar la halagüeña esperanza de que un dia cese su abatimiento y levante orgullosa la cabeza adornada de laureles?

Si Pelayo al retirarse á Asturias, despues de la conquista de su patria, se hubiese resignado á deplorar sus males en silencio, jamás hubiera España recobrado su libertad y honor; mas, lejos de eso, hablaba con frecuencia de los sublimes hechos de Sagunto, del sacrificio heroico de Numancia, del valor esforzado de Ataúlfo su primer libertador, de las conquistas y brillantes triunfos con que estendiera Enrico sus dominios; y de este modo, alentaba el valor de sus soldados y escitaba de nuevo el amor patrio, casi extinguido ó amortiguado al menos, del belicoso pueblo que lo eligió por rey. Estos fueron los grandes elementos con que contó Pelayo para fundar el trono de Leon, apoyo de las glorias de su patria, y la semilla, por decirlo así, del fruto sazonado en la época dichosa de Isabel y Fernando. Y por este principio la ciu-

dad de Tepeaca, teatro de un hecho de armas que tuviera lugar en los días de Pascua de Resurrección del año de ochocientos veintiuno, ha creído como un deber consagrar á la memoria de ese acontecimiento las festividades que nos ocupan; que por ser el principal objeto de este discurso, paso á referirlo segun me ha sido trasmitido.

Hace veintiocho años que hallandose situada en esta ciudad una parte del ejército trigarante, al mando de los Excmos. Sres. Generales D. José Joaquin de Herrera presidente actual de la republica, y benemérito de la patria D. Nicolás Bravo, se presentó sobre el cerro del calvario una division Española á la órden del coronel D. Francisco Hevia, que venia á atacarlos; pero nuestras tropas no aguardaban esto y tomando la iniciativa llenas de entusiasmo y ardimiento se dispusieron á asaltar el cerro bajo el plan acordado en una junta de guerra. Por él se dispuso que una parte de la caballería al mando del comandante Miranda, tomase la retaguardia y que el capitán del Fijo de Veracruz D. Francisco Ramirez y Sesma con una columna de infantería, atacase por el frente. El primer movimiento no pudo verificarse por los obstáculos que presentaba el terreno; pero el segundo, aunque bastante difícil, por la misma razon, se verificó de una manera tan completa, que el enemigo fué obligado á abandonar sus posiciones y dos piezas de á cuatro; mas en el momento de apoderarse de ellas nuestras tropas, el general en gefe que se hallaba en el convento de San Francisco mandó tocar retirada.

Se ignora la razon que hubo para esto, pero se infiere, y con justicia, que sabiendo la imposibilidad que halló la caballería para situarse en el punto que le fué señalado, debió temerse la ruina de nuestra infantería, porque el enemigo, aunque se replegaba, mejoraba de posicion por la forma del terreno; y cuando la fatiga de una subida tan pendiente hubiese agotado el aliento de nuestros soldados, su derrota era inevitable. Esto, sin embargo, no bastaba á calmar el ardimiento de nuestros soldados, y la órden fué obedecida con un disgusto tan grande que hará honor á su memoria: Ramirez y Sesma, sobre todo, manifestó su pesar de un modo tan inequívoco, que derramando lágrimas de desesperacion, con aquel llanto particular á los valientes, rompió su espada y ordenó la contramarcha con toda la pericia y el decoro que exige la ordenanza en tales casos, sin dejar un disperso, ni

un herido, ni el menor despojo de que el enemigo pudiera gloriarse.

En esta acción derramaron su sangre los valientes Iruela, Rojas, Salazar, Romero, y otros muchos soldados cuyo nombre no es fácil recordar, entre los que hubo varios españoles que dieron una prueba indisputable de la sinceridad con que unieron su suerte á nuestra causa, no siendo menos honrosa la conducta observada por los ilustres mejicanos que están presentes, D. Cosme Fúlong, D. Ignacio Aspiroz y D. Francisco Sanchez Agesta.

En la noche de este día memorable se dispuso el abandono de la ciudad, porque así lo creyeron conveniente los gefes mejicanos, y la retirada se verificó á la madrugada con el mismo orden y circunspeccion que se ha visto en la de Sesma. El enemigo, que ni un palmo de tierra había avanzado de sus trincheras, bajó á posesionarse de la ciudad diez horas despues de la salida de nuestra tropa, cuando no tuvo duda, de que el punto quedaba abandonado.

Veis, pues, por el relato hecho que en el momento de conseguir un triunfo brillante á toda luz, el clarín que mandó retirar á los valientes, á los audaces héroes de ese día, arrancó de sus sienes un hermoso laurel; pero entonces, el militar no sabía discutir sobre un mandato. Observador constante de las leyes á que vivía sujeto, la subordinacion era su regla fija en todo caso, y ante ella eran pospuestos el valor y los sacrificios, el arrojo y el orgullo, y aun, séame permitido este concepto; se posponia el honor por el honor.

Hé aqui el hecho como pasó. El, aunque á primera vista no se presenta tal que merezca un lugar distinguido entre los de aquella época, si se reflexiona que trazó, como primer choque entre los partidos beligerantes, la honda línea que debía separar los diversos intereses que sostenia: si se medita el influjo moral que pudo tener en el progreso de la revolucion y en el triunfo decisivo que pocos dias despues esos mismos valientes obtuvieron sobre sus contrarios en la villa de Córdoba; si se medita cuánto debió estrechar los vínculos de union y fraternidad entre los europeos y mejicanos; si se entra á examinar las causas que impidieron en esa batalla la completa victoria de nuestras armas, y, por último, si apreciando el mérito de los que en ella compraron con su sangre libertad de Méjico; los creemos dignos de un recuerdo, se hallará justa la determinacion del recuadro de Tepeaca y

—6—

de sus dignas autoridades, al consagrarles éste que les es tan debido.

¿Pero cuál de los hechos de aquella época toda de prestigio puede sernos despreciable? ¡Qué hermosos se presentan esos días que no han vuelto jamás! ¡Entonces, cuando la vida y la fortuna se ofrecían sin término en las aras de la patria, morir en su defensa, tenía dobles encantos, porque en el sepulcro de los héroes no se exhalaban ayes de desesperación; se derramaban flores, y el llanto de sus deudos no era desatendido ni de la patria ni de la amistad!

Se amaban todos con aquel cariño puro de los primeros años de la vida, sin que ninguna clase, sexo, ni edad, se encontrase discorde. El rico aprontaba sus caudales; el sábio consagraba sus talentos; el pobre sus servicios personales; el Sacerdote su poderosa influencia, unida á sus ruegos fervorosos y á la asistencia de su sagrado ministerio. Pero; ¡qué más! el sexo débil, esa bella mitad de nuestra especie, ese hermoso jardín de la existencia, también tomaba parte en nuestra empresa; y olvidado de sus privilegios, rompió el estrecho círculo donde la aprisionaran las costumbres de la época para entregarse sin reserva ninguna á las fatigas y al júbilo comun. Hasta las tiernas Vírgenes consagradas á Dios no solo llenaban con sus cánticos devotos las bóvedas del claustro en favor de la patria, sino que en su círculo empeñaban sus recursos en pro del noble intento que á todos ocupaba. El mismo cielo parecía tomar parte en nuestra dicha, que despejado, puro y con su sol radiante completaba el ornato del suntuoso festin, concurrido por seis millones de almas que brindaban alegres en un mismo sentido y por igual objeto.

Ni la envidia ni el ódio tuvieron cabida entre los Mexicanos. Gozosos con sus triunfos, á que no precedieron acciones que pudieran manchar tan santa causa, y libres sobre todo de los remordimientos inherentes á una conquista injusta; los goces eran completos; pues además de no encontrarse un objeto tan solo que pudiera desvirtuarlos, en todos los medios empleados brillaban á porfía la razon y el honor.

La idea de un porvenir dichoso y de grandeza se presentaba á nuestro cálculo, con sobrada justicia, porque siendo grandes los elementos y pura la conciencia que los dirigía, daban por supuesto que un pueblo animado de iguales

sentimientos en la efusion de su fraternidad, se creyese cubierto de los funestos resultados que se le vén sufrir. Tan solo se pensaba en poner en accion el inmenso poder de que la nacion disfrutaba para llevar al cabo empresas nobles, que afianzando mas y mas los fundamentos de su emancipacion, señalasen á su vez de una manera indeleble la época gloriosa de su principio.

Nadie pensaba entonces que se pusiera en duda el claro mérito del héroe de la patria, ni mucho menos que llegára á ser víctima de la mas cruel venganza. El elevado puesto del poder supremo, estaba fuera de las aspiraciones, porque el divino plan que sirviera de base á nuestra empresa y que uniformes juramos sostener, todo lo habia previsto y calculado para nuestra ventura; todo estaba en consorcio con nuestras ideas, con nuestras necesidades, con nuestra situacion y hasta con el grado de nuestras luces.

El ejército, sostenedor de estos principios, era el encanto de los pueblos. Tan valiente como morigerado, tan atrevido en la pelea como caballeroso en el descanso, causaba admiracion á sus mismos contrarios. Cada soldado parecia cubierto de una aureola celeste que lo diferenciaba del resto de las demas gentes, segun el entusiasmo que causaba su vista; y la del primer gefe, la del gran Iturbide, fascinaba de una manera rara, indefinible. Todos le bendecian, todos le victoreaban; y el éco de las voces dejaba percibir el llanto enternecido que produce la vista de un objeto idolatrado. ¡Ah! quién hubiera creido lo que despues siguió! El caballo se eriza al contemplarlo, y la lengua se niega á referirlo; mas si es preciso recorrer ese cuadro doloroso, hagámoslo tan breve como sea posible.

Despues del triunfo mas espléndido que pueblo alguno ha tenido jamas, se entronizaron partidos detestables que rompieron la paz y la armonía entre la gran familia. Ambiciosos, disputaron el poder armados de puñales, y al sudor de la industria y del trabajo, único riego que fertiliza el árbol santo de la libertad, sustituyeron el de sangre, que no era de los enemigos de la patria, sino la que hacian brotar á torrentes del corazon de sus propios hijos, los mas predilectos. Desde entonces, aquella hermosa planta, se miró despojada de su verde follage. Sobre sus secas ramas, anidaron los buitres, y en la corteza de su negro trunco se miran señalados los golpes de la hacha fratricida que dividió

los cuellos de innumerables víctimas; porque los verdugos lo eligieron por punto de sus ejecuciones.

La nave del Estado, combatida después de tantos años por el choque violento de nuestras pasiones, perdida en el océano de nuestras inquietudes, había sufrido mucho para que pudiese resistir el mas ligero embate, y cuando la asaltaron los piratas, hubo de sucumbir.

Si en la época gloriosa de que hablamos se nos hubiera convencido de que llegaría otra en que las disputas por los primeros puestos y hasta por el simple cargo de regidor nos llenarian de sangre, puede ser que ni el halago de la soberanía, ni el dulce encanto que engendra en los mortales la idea de libertad, habrían tenido poder para animarnos á sacudir el yugo; y quizá hubiéramos soportado por algun tiempo mas las doradas cadenas que arrastramos por el espacio de trescientos años, al horror de una existencia rodeada de zozobras, de peligros, de continuo duelo, y que al fin tuviera por término el infame baldon de que estamos cubiertos.

¿Qué nos ha sucedido mexicanos? ¿en dónde están las glorias de la patria, sus timbres, sus honores y el noble orgullo con que se sentara á tomar un lugar entre los pueblos que la llamaran amiga, con general aplauso...? Todo pasó, todo quedó destruido, aniquilado, todo cambió de aspecto. Y como nuestros vicios, nuestras contiendas, nuestras nefandas luchas le abrieren el abismo en que yace oprimida y degradada, el cielo nos maldijo. El Dios de las batallas nos negó la concordia en la hora del combate. Sembró la confusion, la desconfianza y permitió á la envidia, al egoismo, á la impudencia y á todas las pasiones las mas bajas, que avasallasen nuestros corazones, mientras un enemigo despreciable talaba nuestros campos, segando las cabezas de los valientes que afrontaban la muerte por conservar ileso el pabellon hermoso en que estaban grabados los sublimes recuerdos de Iturbide. Murieron dignos de la patria, y nosotros vivimos con oprobio para mengua suya. La maldicion del cielo se ha cumplido, é inútilmente buscamos en el ruido de las fiestas un lenitivo á los remordimientos. Ellos nos seguirán constantemente, así como los gritos de la patria, que no solo se queja de los males que la hicimos sufrir, sino con mas justicia, de los que teme recibir de nuevo por el poco fruto que mostramos sacar de las crueles lecciones recibidas.

¿Y será esto posible? ¿y no obraremos nunca con cordura?

¿será solo á nosotros impedido reparar nuestros yerros? No, mexicanos, nó; cobrad aliento, olvidad los rencores, sacudid el egoísmo, uniformad vuestras ideas y todo lo podreis; pues buscando en la historia situaciones iguales y aun peores que la vuestra, vereis que un pueblo unido alcanza los mayores imposibles.

Dividida la Francia por guerras intestinas, hubo de sucumbir bajo el poder inglés que se enseñoreaba en sus mejores plazas. En el mismo Paris fué coronado Enrique V. á quien el clero, la nobleza y hasta la misma corte del monarca legítimo, le rendia vasallage. Carlos VII, solo, abandonado de su propia familia, que tanta parte tuvo en esas desgracias, apenas era reconocido por uno que otro señor; pero tan debilmente, que todo presagiaba la pérdida completa de su causa y la firmeza de la usurpacion. En estas circunstancias, una sola muger, una doncella, llamada Juana de Arc, que amaba á su patria con delirio, llevó su exaltacion hasta el extremo de creerse elegida por el cielo para salvar al rey, conducirlo triunfante hasta Paris y espulsar para siempre á los ingleses. Guiada de estas ideas, se presentó una tarde en las murallas de Orleans, que sostenia con mil dificultades un horroroso sitio. Juana se hace notar de los soldados á quienes echa en cara la poca utilidad de sus servicios tras de parapetos, y la mengua de reducir sus esfuerzos á tan mezquino círculo. Los conjura en nombre de la patria á que hagan un esfuerzo, una salida, asegurándoles de la victoria si obran con desicion. Este discurso acompañado de los juramentos con que ella protestaba ser enviada de Dios, alienta á los soldados, enciende su ardimiento, emprenden la salida, caen sobre el enemigo, que se sorprende; y confundido, comienza á dispersarse, pierde la disciplina, y en un momento queda derrotado y la ciudad se salva.

Este triunfo fué seguido de muchos, y en pocos dias la Francia se vió libre, y los ingleses no solo despojados de su nueva conquista, sino hasta de las otras que habian disfrutado de un modo pacífico ántes de la ultima contienda; de modo, que Carlos VII se vió mas poderoso que lo que hubiera sido si asciende al trono de sus mayores por el órden comuh.

Ved, pues, conciudadanos cual fácil es á un pueblo decidido borrar sus extravios y cambiar en fortuna sus desgracias.

Nos quedan todavía inmensos elementos; disfrutamos de paz; paz bajo cierto respectos oprobiosa, pero que no debemos desaprovecharla ni malograr los dones con que nos brinda el cielo para reparar nuestros quebrantos, y conservar al menos, de una manera digna, lo mucho que aun nos queda. Calmadas las pasiones, destruidos los encantos fabulosos de las bellas teorías, la verdad se presenta á nuestros ojos sin ningun disfráz, para que seamos cautos y aceptemos con método la refulgente luz de los conocimientos, á fin de que ni su brillo nos haga cegar, ni detengamos en la noche fatal de la ignorancia, una edad destinada por mil títulos á cultivar los frutos que deberá recoger otra menos desgraciada.

Tenemos la fortuna de que el poder supremo lo deposita en un general virtuoso, antiguo patriota, incapáz de vendernos y ageno á los partidos; y respeto de Puebla en lo particular, ¿quien desconfiará del hombre en cuyas manos descansan los destinos del Estado, -al que consagra todos sus desvelos, su salud y fortuna, y en cuyo obsequio ha sabido hacer hasta el sacrificio de su dolor como tierno padre: del hombre en cuyo pecho tiene el honor un templo?

Si echais una mirada á nuestros militares, vereis que no faltan hombres dignos de ceñir una espada, y cuando las pasiones dejen lugar á la sana razon, se verá que ese ejército, injustamente calumniado, con elementos en extremo dañosos y contrarios, hizo sin duda á pesar de eso, sacrificios heroicos; que derramó su sangre, y soportó en silencio, no solo los reveses, sino hasta los ultrages y el abandono á que lo condenamos en el delirio de la preocupacion.

Los campos de Angostura y el horrible desierto que le precede, cubiertos de esqueletos insepultos, publican su conducta, sus privaciones, sus cruentos sacrificios, de que no son capaces esos hombres ligeros que escriben sin calcular los males que derraman, porque con sus escritos alarmaron al pueblo, sembraron la discordia y desconfianza, inspiraron terrores, dieron pretestos al egoismo, cometieron, en fin, mil veces mas traiciones que la que en su imprudencia denunciaban.

Yo no hablo de esos militares, vergüenza de su clase y de su seso, cuyas divisas segun su graduacion, publicaban al mundo el tamaño de crimen y bajeza de los que las portaban; ¿pero habrá de decirse que todos los soldados estan marcados



con nota tan infame? No, sin duda que no, eso sería otra infamia mayor que la que pesa sobre aquellos indignos *officines*.

La Guardia Nacional, sin disciplina y sin conocimientos compuesta esencialmente de jóvenes imberbes, nuevos en el combate y en las fatigas, guiada del patriotismo hizo por su parte esfuerzos grandes que hubieran recibido, con mejor dirección sin las torpezas, sin las pasiones de los primeros gefes, el premio destinado á su heróico valor. Ved, pues, ¡oh ciudadanos! si podemos fundar una esperanza que se realizará si todos animados de un mismo sentimiento obramos como España en tiempo de Pelayo, y como los franceses con el de Juana de Arc.

Mas si no fuese así, si descuidados seguimos el tortuoso sendero que nos condujo al aniquilamiento que sufrimos, no lo dudeis, señores, nuestra completa ruina será la consecuencia, y vendrá sin remedio la esclavitud; esclavitud mas dura que la que nos recuerda el monumento que teneis delante. En el se lee en compendio la historia triste de nuestros mayores y su memoria no nos es ménos útil que la de las victorias y desgracias que acabamos de hacer, ya se contemple como un punto de guerra, ya como de castigo y de ignominia que fué el uso que tuvo, presenta á las edades venideras, no menos que á la nuestra, mil cosas dignas de considerarse. Si como parte ó atalaya de la fortaleza, esto nos dice la dura esclavitud de nuestros padres; y si como lugar afrentoso, ademas de afirmar aquel concepto; ¿quien no tiembla al pensar que esta clase de penas y rigores, pudieran renovarse, y con doble crueldad, sobre nosotros?

Desde hoy, á esos recuerdos se unirá el de esta fiesta que lo ha purificado de su antigua afrenta, pasando de un destino ignominioso á ser el pedestal en que descansa la Aguila Nacional, Aguila hermosa que habiendo detenido la peregrinacion de nuestros padres y fijado las bases del poderoso imperio mexicano, presidió las victorias con que fué comprada nuestra emancipacion. ¡Ojalá los honores que recibe en Tepeaca en este dia pudieran ser de agüero favorable! ¡Ojalá nuestros nietos comprendieran en sus aniversarios el de esta misma fecha y que puedan decir á los viajeros: ¿veis este monumento? lo levantó la mano del tirano y en él se derramaron lágrimas de dolor y de vergüenza, pero vino otro tiempo mas feliz, tras otras mil desgracias, y en un dia

de júbilo patriótico, los mexicanos conocieron sus yerros, y en su mismo recinto, ante la enseña que condujo à la gloria à los Aztecas, juraron por el Dios Omnipotente olvidar sus querellas, amarse como hermanos, destruir à los partidos, vengar los agravios de la patria, y ser en todo fieles à las instituciones que ella quiso adoptar.

